

## NOTAS EDITORIALES

### EL AÑO DEL SESQUICENTENARIO

*Constancia de logrado amanecer colombianista... Recordación de gestas libertarias... Horizonte anunciador de más claros destinos... Pautas son estas, apenas, de lo que podríamos decir con relación a este año de señalada importancia en la trayectoria de nuestra vida nacional cuando la mente se detenga en, un intento de decir, algo siquiera, de lo que él contiene y significa como punto de forzosa referencia, como hito trascendental en la cronología que regula y demarca nuestra historia, como razón que diga explicación de logros, empeños o ambiciones en el decurso de nuestra actividad como nación.*

*Próximo como está este ciclo de historia americana a cumplir su cita y presencia con el tiempo, bien, a nuestro parecer, será hacer ligera referencia a su significado espiritual y a la palpable proyección que su origen tuvo en nuestro destino, evocando para ello los fundamentos ideológicos que lo sustentaron, la figura cimérica de sus gestores y realizadores y el resultado que su esencia ha tenido en nuestro peregrinaje vital.*

*Propicio, en relación con este esquema, nos parece, hablar primero del contenido filosófico que integró, como todo movimiento masivo de la humanidad, la revolución emancipadora, para llegar, en un proceso deductivo, a establecer la plena confirmación de su importancia y la certeza de sus beneficios y posibles fracasos.*

*Sin temor a dudas y sin que ello nos coloque en*

condición de promulgadores de esta tesis, podemos aceptar que Hispanoamérica nació a su propio destino hace 150 años impelida por una aspiración en la que incidieron múltiples factores que van desde la consideración de América como un continente invadido, de culturas interrumpidas bruscamente que en el subfondo pretendieron aflorar sobre el impuesto mestizaje, hasta el hecho económico de la formación oligárquica que previsoramente y con criterio de casta dominadora se enfrentó a una Corte inutilizada por mediocres interpretaciones políticas. Al respecto, cabe decir, desde ahora, que aquella aspiración que señalamos como base primera de nuestra apreciación surgió cuando el siglo XIX mostró, a través de los enciclopedistas en Francia, que la libertad era un imperativo social y una necesaria condición en el hombre.

Una fortuna invaluable hizo que nuestros próceres no solamente conquistaran la independencia al filo de sus espadas, sino que en cada parcela de la geografía americana cada héroe fuese también un alto creador de ideas y un profundo conocedor de todas las teorías políticas. No fueron ellos locos revolucionarios ni videntes ignaros, sino estilizados escritores y profundos exégetas de la filosofía social. Cuando hablaron de libertad no lo hicieron con fatuo sentido de gloria. Modificaron el concepto europeo de los girondinos para hacer cuidadosas reflexiones futuristas y explicar, como lo previó Bolívar en la Carta de Jamaica, el destino de América, y como San Martín lo intuía en sus meditadas arengas a los confederados australes. Países de mutua dependencia y de orgánica estructuración, para el logro de sus comunes destinos, no tienen a la libertad como una mítica afirmación y sueño de los subyugados por la esterilidad de sus territorios, sino como el goce ordenado de sus inmensas riquezas y el uso metódico de sus privilegios naturales. Ya algunos autores han estudiado este curioso proceso del concepto de la libertad y han afirmado que es propio de América, que fue revaluado por los filósofos de la enciclopedia enamo-

rados del primitivismo americano, legendario y maravilloso, tan claro en las teorías de Rousseau y que elaborado regresó a América para ser una de las causales de su vida autónoma.

Para nosotros, ciertamente, la conquista fue un episodio humano y social que, como tal, forzosamente había de llevarse a cabo a golpes de rudeza y bajo la necesaria condición que urgía el derribamiento de una aceptada, por propiamente dirigida, civilización indígena, a cambio de una nueva concepción de la vida y una nueva orientación de las conciencias individuales y colectivas. De allí que a esta segunda época de nuestra historia, que abarca hasta el año de 1550, la haya distinguido el ademán altivo e inflexible del conquistador soldado urgido por sed de barbarie y de codicia a la par que por la acción altamente espiritual y altruista del sembrador del evangelio de Jesús que dió a la conquista el único pero suficiente germen de significación, para aceptarla como redentora en el orden que tal hecho significó beneficio y verdad para nosotros.

Si tal concepto guardamos de esta época, es muy distante y diferente el que podemos expresar de la etapa colonial como confirmación de la autoridad peninsular entre nosotros ya que su esquema llevó a nuestros abuelos a sacudir el peso de las desigualdades, cuando el sentido de las proporciones y derechos humanos hizo caer en cuenta que la raza ibérica, fatigada por la lucha constante, fue inferior a la tarea que debía cumplir y dejó escapar de sus manos el imperio más floreciente que jamás otro pueblo pudo disfrutar y poseer.

A este fracaso de la Casa de los Borbones que para su mal negó su aceptación a la urgencia histórica que pedía nuevas fórmulas para los evidentes procesos políticos llegados de Europa y EE. UU. se debe en gran parte el movimiento emancipador, muy contrariamente a lo que aconteció en el Brasil donde una inteligente apreciación permitió a la casa de Braganza prolongar su dinastía en los dominios del mundo últimamente conquistado.

Nacimos, como puede apreciarse, a la vida independiente por una urgencia de justicia social y el empeño de los gestores de esa magna epopeya fue conseguir igualdad de derechos, ante idénticas responsabilidades del ser en cada instante que perfilara el porvenir. Con semejante legado y compromiso, Colombia mostró el principio de su vida independiente hace exactamente 141 años, corriendo desde entonces y a su única responsabilidad el programa de vicisitudes y logros cosechados, pudiéndose decir con razón que en este medio propio el esquema de nuestra realidad ha estado, desde entonces, determinado por la propia experiencia y voluntad de sus hombres.

Es aquí donde puede juzgarse que la teoría de los factores humanos y sociales inmanentes, ha construido con nitidez una estricta conciencia nacional determinando manifestaciones de virtudes y vicios en cada uno de los órdenes de la actividad social, económica, cultural o política de nuestro pueblo, a cuyo inesquivable imperativo, que es patrimonio por igual heredado y heredable, se formó en el país una continua cadena de influencias cuyo resultado hodgegenético configura, sin rigidez pero con celo, estratificaciones primarias, básicas y "encastadas" en los distintos aspectos de la vida nacional.

Si en tal orden de apreciación puramente sociológica cabe el concepto del Espacio Tiempo Histórico esbozado por alguno, no podemos decir que los avances que hemos logrado en diferentes niveles y el estancamiento que en muchos otros aún nos sigue señalando como pueblo de insuficiente desarrollo, está imperiosamente configurado por esta premisa filosófico-social, ya que no debe avergonzarnos el decir que el nacimiento de nuestra vida autónoma tuvo el mismo sello de grandeza de otros pueblos de igual cronología histórica y que actualmente son los orientadores de la marcha del mundo.

Hoy a distancia de 150 años del primer grito de emancipación es provechoso volver nuestro recuerdo hacia aquellos que fueron ordenadores de aspi-

raciones que, si no han logrado realizarse plenamente, implican un compromiso a estas generaciones que deberán cumplir lo que ellos soñaron y por lo cual lucharon sin descanso.

Actúan en el país generaciones nuevas con ambicioso bagaje de cultura y un sentido del propio valer que son esperanza en medio de la incertidumbre. Buscadores de autenticidad en todos los campos, no quieren ofrecer al país soluciones transitorias y endebles. Saben que vale más un corto tiempo al servicio efectivo de una realización nacional que muchos años al encuentro de situaciones imprevistas haciendo valer solamente un personal prestigio. Para estas gentes de estudiosa madurez el año que comentamos ha sido, seguramente, de meditación y análisis. El ejemplo de aquellos hombres, jóvenes también, solidarios en otra generación exenta de torvas codicias, saturada de ideas e ideales, habrá sido agua limpia y fresca para su justificada sed de impostergables renovaciones.

Decir aquí: Carabobo, Boyacá, Junín, Pichincha y Ayacucho, es recordar ahora las acciones en las que la constancia, el valor y el esfuerzo de nuestros héroes decidieron la suerte de estos pueblos que, precisamente en este año, ponen enhiesta la conciencia de sus buenos hijos para ofrendar su gratitud y su recuerdo a esos libertadores, a cuyo celo pudo la patria común de los americanos buscar, por propios senderos, las formas de su destino.

Nombrar aquí así mismo, a Bolívar, Nariño y Santander, Páez, Soubllette, Infante y Maza, Sucre, Rondón, Olavaria, y Ricaurte, Caldas, Piar, Mujica y Carvajal, Córdoba y Mejía, Cabal y Girardot y tantos más que fueron ignorados, es traer igualmente a la memoria, a quienes, como caballeros de la suprema aspiración de libertad, cúpoles ganar para sus descendientes tan preciado galardón, que hace de nuestra gratitud pedestal propicio a su grandeza y nos presenta como usufructuarios de un dón, que si bien es cierto debe ser inmanente a la persona, se realizó para nosotros a base de empeños que costaron

*sangre y desamparo, persecuciones y miseria, dolor y sacrificio permanentes a quienes intuyeron un concepto de patria, propia y constante, protectora y amante de quienes viven en su territorio, dura y firme en su esencia, generosa y exigente, en fin, en el concepto y contenido fundamental.*

*Cómo no recordar en este año al "Caballero Andante Don Antonio Nariño" que con tatuajes marcados por los grillos de Cádiz y Cartagena hacía florecer en los jóvenes santafereños el amor a esa libertad de la que fue insignia y llama en las cortes europeas pidiendo justicia para América y en las noches paupérrimas de selva y muerte cuando enfrentaba su perfil enérgico de varón consular a la turbamulta realista? De su aristocrática mansión salía en la clandestinidad con los Derechos del Hombre que su mano elegante imprimía para conocimiento de sus jóvenes amigos y tortura de los virreyes; de esa misma casa le sacan cargado de cadenas y a ella volvió vilipendiado, ignorante de la suerte de sus familiares, para cuidar a la recién nacida patria y volver al peregrinaje fugitivo con las banderas arriadas en los vaivenes de la guerra. En esa misma casona conoció el sabor de la ingratitud cuando los noveles aprendices de legisladores le acusaron injustamente. La voz de su defensa, que era la defensa de la patria, aún tiene resonancias ejemplarizantes para quienes equivocan sus palabras en algazaras imprecisas, sin cuidado por la significación de sus investiduras.*

*Y que colombiano olvidará la gestión serena del General Santander que opuso a la grandeza de los hombres la grandeza de las instituciones y delineó la fisonomía jurídica y el matiz cultural que distingue a Colombia? Si la historia le ha llamado el "Hombre de las Leyes", la gratitud ciudadana le ha bautizado con acierto "El Organizador de la Victoria". Su poderosa visión entendió que el aquilino vuelo del pensamiento bolivariano tendría una realización más efectiva si se limitaban las nuevas na-*

*ciones a realidades territoriales, fáciles a la administración y a una geopolítica racional y justa.*

*Quién no se ha inclinado ante el Héroe Máximo, el Genio de los Andes, aún incomprendido en la totalidad de sus doctrinas y todavía insuficientemente admirado en la grandeza de sus campañas guerreras? Bolívar está vigente sobre América y cada paso que ésta da, aún los vacilantes del panamericanismo, tienen en su pensamiento una conformación. El solitario de Santa Marta, el febril visionario de Casacoima, el soñador de Roma y del Chimborazo, es el ángel tutelar de cinco países que tienen su ejemplo y sus palabras como la más preciada de las constantes que modulan su historia. . . . Todos estos varones ilustres perpetuados por mármoles consagradorios y bronces glorificadores, nos hacen pensar en aquel soldado ignoto que apenas ha sido mencionado en orden alfabético al final de las batallas y muchas veces completamente olvidado; al modesto infante que no conocía el verbo "retroceder" y conquistaba alturas heroicas con Córdoba y Girardot; al artillero infatigable que hacía prodigios con cañones improvisados; al lancero que sucumbía en escorzos de fuego con su pobre cabalgadura; al camillero que caía sobre sus enfermos en parihuelas hechas con ramas cortadas en el mismo campo de batalla. Ese "Soldado desconocido" que en París bajo el Arco del Triunfo tiene una llama simbólica de eterna luminosidad, que en Washington recibe permanente homenaje de la más selecta juventud militar y que entre nosotros no ha sido recordado, es símbolo de lo más puro, de lo más noble que puede ofrecer un pueblo.*

*Año de indiscutible proyección histórica éste del sesquicentenario, sirva para mostrarnos la realidad dolorosa de los aciertos y los yerros. . . , de los empeños cumplidos y de los fracasos. . . de la acción que ha quedado distante en nuestro esfuerzo y la certeza de un futuro y sincero propósito de actuar mejor en cada posición que el destino nos señale; sirva también para aceptar que si nuestra estruc-*

tura como pueblo culto nos dio la libertad, hay en nuestro país una organización de pasmosos contrastes en cada uno de los órdenes de la actividad nacional y en cada uno de los determinantes factores que obligan al espíritu a un permanente amor por el significado y culto de los símbolos.

Este imperativo es mayor para quienes portan en su mentalidad, en su querencia y en su actividad total los signos de la patria. El Ejército es la estructura sobre la que un país construye su vida; es lo vertebral en las instituciones que guarda y protege; es lo permanente sobre las variaciones de los quehaceres políticos; es lo constante en la amorfa algarabía de las épocas difíciles en las que actúa como única brújula. Sobre él gravita la responsabilidad máxima en la conformación de una nacionalidad. Por esto, en la vida colombiana, el Ejército no puede estar sujeto a los vaivenes insubstanciales sino a una ascendente y fija escala de valores que cada día van siendo más depurados a medida que la complejidad del país lo exija.

Sirva igualmente esta recordación patriótica para que comprendamos que por equivocados conceptos de nacionalismo y casi desde el instante mismo de la conquista libertaria hemos marchado muchas veces por rumbos equivocados, para llegar a lo que estamos contemplando cuando aún nuestro pueblo precisa con afán de libertades que le otorguen si nó la independencia política, por lo menos la vigencia total de sus derechos y una justicia equitativa en el reparto de las seguridades sociales.

Sirva este año, por último, para decirnos que si bien es cierto que como pueblo quisimos hace 150 años proyectar una nación, con propia arquitectura, con anhelos de superar taras y deformaciones, ese deseo continúa siendo común tarea, en la actividad propia, que estamos obligados a realizar con ánimo optimista y conscientes de la signación que la historia nos impuso.

MOR. J. JAIME RODRIGUEZ R.  
Oficial de Infantería.